sus mismos intereses ecsigian para no entregarlos á un odio que no pudiera estinguirse? Dentro de los límites legales, y cualquiera que hubiese sido el resultado, pudo conciliar su oposicion justa y moderada al gobierno con sentimientos mas puros y con el respeto de que era digno el que lo representaba: pudo mostrar su gratitud uniéndosele de buena fé y sofocando las miserables rivalidades y resentimientos que lo irritaban: pudo defender la libertad del congreso y los derechos de los pueblos sin apelar á principios perturbadores de toda sociedad; y pudo destruir la tiranía y ser mas generoso con el libertador, correspondiendo á un tiempo á su conciencia y á sus opiniones, á la confianza de los buenos ciudadanos, á la gravedad de las circunstancias en que se hacian los primeros ensayos del sistema representativo, y al buen nombre que le habria asegurado la benevolencia pública.

IV.

La constitucion política de los pueblos depende muchas veces de accidentes ó circunstancias que son estrañas y aun contrarias á su estado social, y que sin embargo ejercen una influencia tan decisiva que establecen esta ó la otra forma de gobierno. La republicana no tenia la opinion pública, ni durante la revolucion de 1821, ni en los primeros meses de la administracion de Iturbide; y mientras se consideró posible la monárquica, fué muy corto el número de hombres que se decidieron por una organizacion que ni era conocida, ni estaba en armonía con nuestras costumbres, ni podia tampoco interesar al pueblo que no esperaba, hecha la independencia, sino ver reemplazada la autoridad vireinal con un gobierno igualmente fuerte y respetado compuesto de mexicanos. Pero las ideas republicanas, no por lo que ellas representaban, sino por la falta de posibilidad de adoptar otro sistema, luego que el imperio de Iturbide hizo perder todas las esperanzas que habian concebido los que deseaban verle consolidado, fueron ganando partidarios que se multiplicaban incesantemente, y defendian una doctrina que sin tener nada en su favor, era la única realizable. La república no se proclamó, pues, en México por convencimiento, porque no podia haber éste: tampoco por simpatías, porque no las tenia el sistema popular ecsagerado: ni porque lo apoyasen, en fin, los hombres notables que tuvieron entonces en sus manos los destinos del pais, porque unos querian la monarquía constitucional representada por un príncipe estrangero, y otros la misma forma de gobierno, pero como gefe al caudillo de la independencia. Así sucede muchas veces, que las opiniones mas aisladas y los sistemas menos conocidos triunfan de toda oposicion, cuando por un conjunto de circunstancias está de su parte un hecho infalible. En 1823 todo podia disputarse, menos la necesidad en que se encontraba el pais de decidirse por la república, porque no era posible otra cosa. Esto mismo puede decirse de todos los Estados de la América del Sur, si se esceptúa el Brasil, donde pudo fundarse la monarquía por razones que no eran aplicables á los demas.

Debe llamar mucho la atencion el régimen peculiar y hasta cierto punto contradictorio de estos paises independientes, donde se ha adoptado el gobierno menos favorable al sentimiento público, para que se observe lo que ya he indicado otra vez y es muy conforme por otra parte con esa constante irregularidad que se advierte en la formacion de los nuevos Estados. Siempre que dependen para constituirse ó de la influencia estraña ó de una vecindad peligrosa, tienen que someterse necesariamente á aquellos cambios que les dictan, no una opinion dominante, ni sus costumbres y antecedentes, ni las teorías mas bien fundadas, sino una necesidad imperiosa, que superior á todo cálculo y á toda política se los presenta como los solos que pueden convenirles en la situacion en que se hallan. Y por esto se ha dicho que los hombres que se ponen al frente de una nacion deben penetrarse bien de la realidad de las cosas, para no envolverla en ruinas y desastres que no tienen tèrmino. Si Iturbide hubiera conocido esta verdad, y considerando á un tiempo las dificultades de los gabinetes europeos para influir inmediatamente en el establecimiento de una monarquía, ó para sostenerla en México, y la vecindad de los Estados-Unidos, se hubiese convencido tambien de que la forma republicana era un hecho inmediato, habria podido conservar su gloria y moderar quizá el espíritu de las instituciones democráticas.

Al salir de Veracruz con direccion á Italia, quedaba entregado el pais á todas las ecsigencias de los partidos, sin contar siquiera con que éstos cuidarian de asegurarle unas buenas instituciones y su independencia. La caida de aquel hombre representaba dos grandes sucesos que no podian dejar de entregar los ánimos à las mas tristes y penosas inquietudes. Faltaba el

centro de union que habia defendido tan bien los mas vitales intereses de la sociedad; y cualesquiera que fuesen sus errores en el gobierno, ellos no solo no disminuian, sino que hacian mas lamentable esta calamidad pública. Sublevados los generales contra el primer gefe de las Tres garantías, la influencia primero y despues la dictadura militar, iban á sumir al pais en todas las desgracias que se habian pronosticado por sus enemigos. El gobierno que se estableció en México, si pudo temer los tiros de las facciones que iban á conjurarse contra él, estuvo muy distante de conocer lo que importaba la falta del que habia dictado el plan de Iguala; y la conducta que observó correspondió perfectamente á la funesta política que habia adoptado el partido liberal, único apoyo con que podia contar en la terrible crísis que se preparaba.

El congreso quiso que en el nuevo gobierno figurasen como elementos principales, la bandera de la antigua insurreccion y la del partido que tanta decision tenia por un príncipe de la casa reinante de España. Los estremos se tocan, y esta vez se tocaron tanto que debian causar una fuerte esplosion. El decreto en que se declaraba el imperio de Iturbide obra de la violencia, se hallaba redactado en términos tan poco atentos y dignos de su nombre y de sus servicios, que parecia que el congreso y el gobierno estaban empeñados, no solo en que se olvidaran, sino en envilecer los faustos sucesos de 1821. Se autorizaron por el congreso los ascensos que se habian dado durante la sublevacion á gefes y oficiales, que lejos de obrar por una opinion sincera, eran muy conocidos por su conducta revoltosa; y para que aquel cuerpo y el gobierno nos dejasen un testimonio indeleble de que jamas pensaron en lo futuro, ademas de estos premios escandalosos, se sancionaron formalmente los motines militares,

y no tuvo embarazo la representacion nacional en adherirse oficialmente á lo que su decreto llamaba «pronunciamiento.” Los partidarios del emperador, entre los cuales habia hombres muy respetables y muchos de los generales que se conservaron fieles hasta lo último, y que habian sido principales y dignos servidores de la independencia, ó fueron desairados ó separados de los puestos que ocupaban, sin que se hubiese manifestado el menor deseo de aliviar la desgracia que acababa de sufrir el pais con una conducta semejante á la del hombre generoso que habia querido dar el triunfo á sus enemigos.

Las consecuencias de todo esto eran bien naturales. Distraida la atencion pública de aquellos actos del gobierno que la habian ocupado antes con ventaja del partido liberal, se fijó en éste, siguió todos sus pasos, penetró sus intenciones y se rebeló contra la política que habia abrazado, declarándola maligna y anti-nacional. En México ha tenido siempre la desgracia numerosos defensores, y en verdad nada hay que reprocharse á nuestro carácter por este lado; pero cuando aquella ha sido la de un hombre como Iturbide, los sentimientos comunes y las clases todas se unen de tal modo para reparar el agravio que se ha inferido, que cualquiera oposicion es débil y llega al fin á perder toda fuerza sea fisica ó moral. Al embarcarse Iturbide en Veracruz, fué necesario que se hiciera entender que ni el congreso ni el gobierno podian adoptar otras ideas que las de los otros partidos que se les habian unido para derrocarlo, y que nada harian en adelante sin contar con su apoyo. Negrete, que obtenia en el ejército el primero y único grado concedido por la Regencia, de teniente general, habia sido comisionado por Iturbide para procurar un avenimiento en

Puebla; y no habiendo hecho esfuerzo alguno para cumplir con su encargo, ó no habiendo podido lograr nada, se adhirió al plan de Casa-Mata sin regresar á la capital para dar cuenta de la ejecucion de las órdenes que se le habian dado. Este general y Echávarri se resistieron á ponerse al frente de las tropas por la desconfianza que naturalmente debian escitar en circunstancias en que tanto se hablaba de proyectos de reconquista; y semejante temor, manifestado por los hombres que mas consideraciones debian á Iturbide, daba un carácter no solo desfavorable, sino odioso en estremo á los directores principales de ese partido. Fué necesario, en consecuencia, que D. José Morán, marqués de Vivanco, que mandaba como capitan general las armas y gobernaba la provincia de Puebla, que tenia antiguas relaciones con el emperador, y que por su carácter personal y su nombre en la milicia se creia incapaz de desacreditarlas con una conducta poco generosa, recibiese el mando de las divisiones de que se formó el llamado Ejército Libertador. El partido de los antiguos insurgentes, y el que acababa de nacer de republicanos, se conformaban con todos los ataques que comenzaban á darse al que habia favorecido sus miras, y disponian las cosas para hacerse dueños del poder público y llevar al cabo las ideas que pocos meses antes apenas tenian algunos defensores. Los liberales, sin embargo de su dificil posicion, contaban con la influencia del talento, con la popularidad de las doctrinas sobre el sistema representativo de que se habian constituido órganos, y con aquella parte de hombres prudentes y sensatos, que aunque no los estimaban, temian un nuevo cambio que diese menos garantías que el que acababa de efectuarse.

El poder ejecutivo, este fué el nombre que se dió al nuevo

gobierno, se compuso de los generales Victoria, Bravo y Negrete, y fueron nombrados como suplentes D. Miguel Dominguez, D. Mariano Michelena, y poco tiempo despues el general Guerrero. Las cuatro secretarías del despacho se encargaron á un solo ministro, D. Ignacio García Illueca, y despues se confirieron á D. Lúcas Alamán, D. Pablo de la Llave, D. Francisco Arrillaga, español, y brigadier D. José Joaquin de Herrera. En el poder ejecutivo, aunque con fuertes contradicciones, dominaba el partido liberal del congreso: en el ministerio la opinion era uniforme y parecia tambien que no tendria influencia alguna, sin embargo de lo que se habia ofrecido, el de los antiguos insurgentes. La forma republicana se habia aceptado implícitamente por el congreso y el gobierno, al desconocer el plan de Iguala y tratado de Córdoba, y no presentaba otras dificultades sino las de la mayor ó menor estension que podia dársele, conforme á las ideas ó pretensiones de los diferentes partidos. El liberal tenia necesidad de modificar un hecho que habia sido inevitable: el de los antiguos insurgentes, con pocas escepciones queria ecsagerarlo: los hombres de órden y de opiniones templadas se resistian á una democracia sin límites; y los partidarios del emperador, en odio de sus enemigos, la proclamaban con entusiasmo para quitarles el puesto que habian usurpado. Así, por la estraña combinacion que muchas veces se forma al chocar fuertemente los intereses y opiniones de los diferentes bandos políticos, se cambiaron los papeles de un modo tal, que los monarquistas fueron republicanos, los liberales serviles, y los mas decididos defensores del imperio de Iturbide fogosos federalistas. El centralismo y la federacion ocuparon la opinion pública, sustituyendo á la monarquía representada por un príncipe estrangero ó por Iturbide.

El congreso, que habia ido perdiendo todo su crédito, y que vencedor ó vencido no era otra cosa que un partido violento del que nada podia esperar el pais, sufria á un tiempo las consecuencias de su conducta y de su imprevision. Llamado á constituirlo bajo el plan de Iguala y tratado de Córdoba, su mision habia concluido desde que se supo que la nacion española no los aceptaba, y si pudo estenderse por motivos de analogía y de conveniencia pública al periodo del imperio de Iturbide, era bien claro que resuelta la cuestion contra la forma monárquica, no podia hacer otro servicio al pais que establecer un gobierno provisional y convocar inmediatamente otro congreso para que diese la constitucion. Ni el talento, ni la esperiencia, ni los mas solemnes testimonios de desaprobacion bastan muchas veces á contener las asambleas populares y á defender su propia reputacion, cuando las pasiones y los odios políticos dirigen su conducta y se empeñan en ocultarles las verdades mas importantes. Destruido el imperio, el primer paso del congreso debió ser la convocatoria, y precaver con este acto de justicia y desprendimiento, así el desaire que se le iba á inferir pidiendo violentamente un nuevo congreso, como las ecsageraciones de la forma republicana. Las resistencias cuando están apoyadas en un buen derecho, y cuando por otra parte son nobles y se encaminan al bien público, pocas veces son infructuosas; pero cuando no se dirigen sino á la influencia indebida de hombres que deben ceder el puesto á otros, porque así lo ecsigen los acontecimientos, entonces no solo no evitan el mal, sino que lo ecsacerban irritando los ánimos y dando lugar á reacciones que no pueden reprimirse. El congreso, al triunfar de Iturbide, quedó sin títulos legales de ninguna clase: algunas provincias y muy im-

portantes, se manifestaron inmediatamente desafectas y tambien decididas á no reconocer sus actos: la opinion se generalizó con violencia, y el congreso, que pudo mostrarse tan digno haciendo por su propia voluntad lo que la nacion iba á ecsigirle con evidente justicia, ya no se pudo presentar sino como un cuerpo que desmerecia las consideraciones de todos los ciudadanos.

Sin embargo de esto, el partido liberal contaba con dos circunstancias que lo favorecian mucho y sin las cuales el gobierno establecido habria caido estrepitosamente. El republicano no estaba organizado, y cualquiera que fuese la opinion sobre el sistema que debia regir, eran muy opuestas las teorías en cuanto á la amplitud ó limitaciones que se debian poner á las instituciones democráticas. El gobierno representaba por otra parte doctrinas contrarias al poder absoluto, y era preciso condescender con él para evitar una nueva revolucion que no era necesaria atendido el curso natural de los acontecimientos. Como todas se dirigen, y muy particularmente entre nosotros, al cambio personal de los agentes de la administracion, luego que aquel se considera seguro, se calman los ánimos y esperan, aunque con impaciencia, el triunfo que se ha preparado. Luego que se declarase el congreso como se deseaba, convocante, era claro que los hombres influentes que lo habian dirigido, iban á perder su popularidad y á ser reemplazados con otros que se considerasen partidarios decididos de la república. Tales circunstancias, pues, y la muy especial de que podia facilitarse el regreso de Iturbide si los partidos rompian violentamente la union que habian conservado para derribarlo, esplican bien la permanencia de aquel congreso hasta fines de Octubre de 1823, y del go-

bierno hasta la posesion en el mismo mes de 1824 del primer presidente constitucional.

La odiosidad que recaia sobre el partido liberal, se estendia por desgracia á los españoles residentes en el pais, y se suponia que conspiraban ó estaban dispuestos á conspirar contra la independencia. Aunque no era posible creer que una clase tan numerosa se decidiera por la revolucion, cuyas consecuencias debian ser terribles para la misma, se procuraba difundir la idea de que los mas influentes y aquellos de quienes se recordaban acciones notables contra la soberanía de la nacion, estaban unidos con el partido de que vamos hablando para favorecer sus planes; y que todos, sin escepcion, conservaban el sentimiento y el deseo que eran naturales, de ver establecido por lo menos un régimen que les asegurase el predominio que habian tenido durante el gobierno colonial. Poco se necesitaba para que estas ecsageraciones produjesen el efecto deseado, y alentasen á los revoltosos que proclamaban con descaro que mientras no se les espeliese del pais no podiamos ni ser libres ni ser felices. La verdad obliga á desmentir semejante impostura y asegurar el hecho porque ya nadie duda de él, de que los españoles jamas tuvieron estas intenciones y que por el contrario, se condujeron siempre como buenos y pacíficos ciudadanos. Que sus sentimientos no fuesen favorables á la independencia, que algunos hubiesen dado pretestos para que se les reputase como enemigos, y que pocos quizà hubiesen estado dispuestos â apoyar una reaccion contra el sistema republicano, parece tan cierto como la conducta que observaron con Iturbide y las propensiones comunes de hombres que tanto perdian con la separacion de México de la madre patria. Pero entre esto y la supo-

sicion de que los españoles tomados colectivamente, ó en número considerable, apoyasen una conspiracion, hay una distancia inmensa. Casi todos los que permanecian en el pais tenian alguna fortuna ó giro, familia mexicana y consideraciones sociales: los que no quisieron conformarse con la independencia se decidieron á salir del pais y abandonarlo para siempre; y los que no pudieron tomar esa resolucion, ó se persuadieron de que bajo el nuevo sistema podian vivir tranquilos, tuvieron un proceder propio de su condicion y el mismo que las circunstancias les aconsejaban. Hombres por otra parte de moralidad, de trabajo, y educados bajo el antiguo régimen, aborrecian todo desórden, respetaban las leyes y autoridades, y deseaban con sinceridad que lo que habian perdido personalmente, lo recobrasen con usura sus hijos, y la patria adoptiva con la que los ligaban ya los vínculos mas estrechos de la naturaleza. Pocas veces se habrá presentado en una sociedad una clase mas respetable, mas digna de proteccion y de sentimientos generosos, y que haya podido influir con su ejemplo y sus costumbres de una manera tan benéfica como la de los españoles que se hallaban en México en 1821.

Por otra parte, ni los recuerdos dolorosos de la guerra de insurreccion podian autorizar ni aun escusar un ataque á las garantías que se les habian concedido, porque ni eran responsables de los escesos del gobierno vireinal, ni permanecian en el pais sino muy pocos gefes de aquellos que habian cooperado á dar á la guerra un carácter feroz y sangriento. La circunstancia ademas, de que multitud de gefes mexicanos que figuraban en los primeros puestos, habian sido arrastrados tambien á seguir ese sistema devastador, ahogaba cualquier resentimiento que pudiera ecsistir, y colocaba á los españoles pacíficos en una posicion tan ventajosa, que aun sin el plan de Iguala debieron contar con toda la benevolencia propia del carácter mexicano. Los sucesos que he referido, la imprudencia de algunos españoles, que influyendo en la política comprometieron á sus compatriotas, la conducta innoble del partido liberal, y mas que todo, la perversa política de su contrario para dominar sobre las ruinas de una clase virtuosa y desvalida con el título mas bastardo é indigno de nuestra nacionalidad, conducian las cosas á un término tan deplorable como funesto á nuestra civilizacion, á nuestros intereses y á nuestros gobiernos.

Dándose la convocatoria para la reunion del nuevo congreso, éste se iba á componer de dos clases de hombres que representasen las dos opiniones en que por entonces se hallaba dividido el pais: opiniones que se confundian en cuanto á la forma republicana, y que distaban mucho una de otra por lo que toca á las personas que debian figurar y á los principios sobre la conveniencia del régimen federal ó central. La revolucion contra Iturbide inhabilitaba completamente á los principales directores del partido liberal, porque no era posible borrar la impresion que se habia generalizado, de que sin embargo de sus doctrinas populares eran enemigos de la independencia. De ese partido, pues, solo podian ser nombrados para el congreso aquellos que, considerados como hombres despreocupados y de progreso, daban todas las seguridades posibles de que no cooperarian nunca al establecimiento de una monarquía representada por un príncipe estrangero. Se esperaba por esto que la nueva asamblea tuviese un número considerable de diputados de ideas liberales y republicanas, y que siempre que los negocios